

PERO... ¿HUBO UNA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA?

Ilmo. Sr. D. Siro Villas Tinoco, Catedrático de Historia Moderna y
Académico de Número de la Malagueña de Ciencias

Aunque con menor duración e intensidad que la conocida Polémica de la Ciencia Española, los historiadores han discutido si en la España del XVIII hubo una Ilustración Española con caracteres netamente autóctonos entre los que descollaba su religiosidad católica, o si por el contrario, las manifestaciones hispanas fueron tan sólo un reflejo de la Ilustración Europea, con obras mercenarias propias de unos autores protegidos por el Despotismo Ilustrado y siempre escribiendo al amparo de la voluntad o el capricho del gobierno de turno.

La Ilustración ha sido definida de diversas maneras y desde diferentes ópticas: como una etapa histórica, en el siglo XVIII, que puso especial énfasis en los cambios culturales; como una herencia del Renacimiento y el Barroco con interés específico en los aspectos formales; como una época ideologizada que quiso disipar las tinieblas de la Humanidad con las Luces de la Razón. La definición con mayor contenido conceptual surgió de una mente muy compleja, pero que en esta ocasión hizo gala de una claridad meridiana, y así Immanuel Kant la definió como:

La mayoría de Edad de la razón..., el intento del hombre para salir de la puerilidad mental... que es la incapacidad de usar la propia razón sin la ayuda de otros... con el valor de servirse del propio entendimiento para pensar sin ayuda ajena.

Su herramienta esencial para la transformación humana sería la Educación y sus metas irrenunciables la Felicidad y el Progreso.

Antecedentes de los ilustrados fueron Erasmo de Róterdam: *Enchiridion militis Christiani* (1503), Galileo Galilei: *Sidereus Nuncius* (1610), Renato Descartes: *Discurso del método para dirigir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias* (1637), Francis Bacon: *Novum organum* (1620), Baruch Spinoza: *Ethica more geometrico demonstrata* (1677), Wilhelm Leibniz: *Die Theodicee* (1710) e Isaac Newton: *Philosophiae naturalis principia mathematica* (1687), no todas ellas causaron un impacto similar, pero si

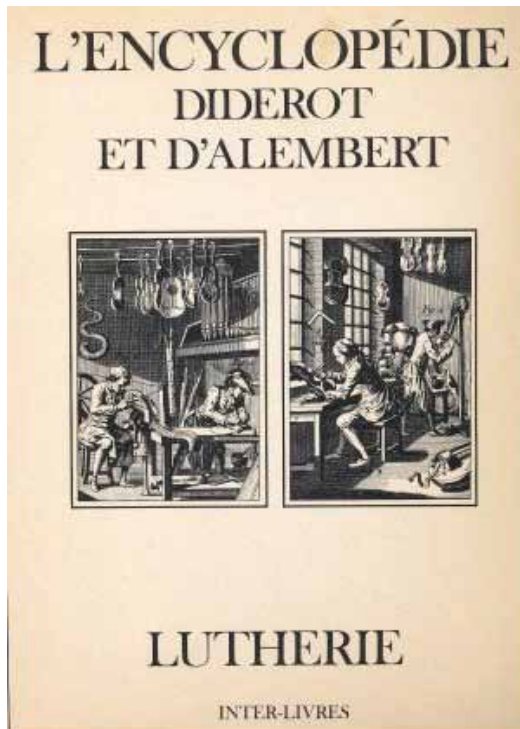
que conformaron la base imprescindible para alcanzar la cima del saber en la Europa del siglo XVIII.



Immanuel Kant (1724-1804).

Conceptualmente la Ilustración Europea consistió en una suma de aportaciones "nacionales", entre las que destaca Francia con la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios* dirigida por Denis Diderot y Jean le Ron D'Alembert y *El contrato social* del suizo Jean-Jacques Rousseau; el Imperio germano con Immanuel Kant: *Crítica de la razón pura* y C. Wolff: *Teologia naturalis*; el Reino Unido con J. Locke: *Ensayo sobre el entendimiento humano* y D. Hume: *Tratado de la naturaleza humana* y la península Italiana con Cesare Beccaria: *De los delitos y las penas*. Con ineludibles discrepancias nacionalistas se

admite que puede hablarse de una Ilustración francesa y otra inglesa, mientras en el resto de países europeos cabe citar a autores ilustrados, pero no referirse a una Ilustración nacional específica.



Enciclopedia, Diderot y D'Alembert.

Con respecto a España, hemos de partir de lo que Pablo Fernández Albaladejo llamó “las resistencias del medio”: la férrea oposición que el poder religioso, apoyado por la masa social, ofrecía a cuanto tuviese alguna connotación de novedad. La nobleza y el clero lo hacían para defender sus privilegios y el pueblo llano porque desde niños se les imbuía que lo más antiguo era Dios, compendio de todo lo bueno; y como lo opuesto a lo antiguo es lo nuevo, cualquier novedad sería nefasta necesariamente, dando como resultando que el valor intangible de la Tradición era un argumento inobjetable.

Guardián del sistema con gran poder remanente era el Tribunal del Santo Oficio del Consejo de la Suprema y General Inquisición contra la Herética Pravedad y Apostasía, pues al mismo tiempo que tribunal eclesiástico era un Consejo de Gobierno de la Monarquía, lo mismo que el Consejo de Castilla, de Hacienda, de Guerra, o el de Marina e Indias. Y aunque sus Autos de Fe ya no tenían la crueldad y la

violencia de los siglos precedentes, aun se celebraron como una “pedagogía del miedo” muy efectiva.

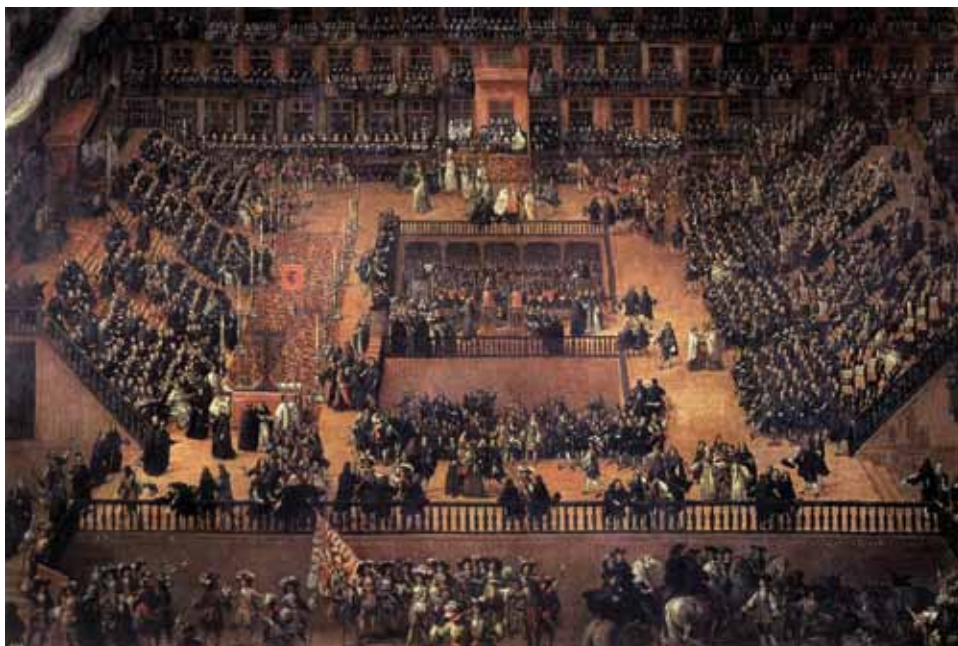


Esquema de la sociedad estamental.

En el clero regular lo apoyaban con extraordinario celo personas como fray Diego José de Cádiz quién denunció a la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza por dotar una Cátedra de Economía, oponiéndose a tal intento con el argumento de que si Dios hubiese querido que tales cátedras existieran... Él ya las habría creado. Lo fascinante del caso es que el “Ilustrado” Consejo de Castilla admitió la denuncia y el obispo de Zaragoza hubo de mover su influencia para frenar la ofensiva ultramontana. Y a Pablo de Olavide, organizador de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, se le condenó en el célebre “Autillo de Olavide”, siendo desterrado a Francia.

Con sus luces y sombras en cada uno de los monarcas fue la dinastía Borbónica entronizada tras la Guerra de Sucesión la que apoyó en mayor o menor medida la aparición de las ideas ilustradas en España, no tanto como un “modelo” ideológico sino como palanca para la transformación de los Reynos y Territorios en el Reino de España, pues a pesar del consejo del Conde-duque de Olivares a Felipe IV en el siglo anterior:

Tenga Vuestra Majestad por el negocio más importante el ser Rey de España, no sólo de Castilla, de León..., a finales del XVIII el monarca hispano aun se intitulaba:



Auto de Fe, Francisco Ricci (1683). Museo del Prado.

Don Carlos IV, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de

Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Bravante y de Milán, Conde de Apsburg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina.



Dinastía de los Borbones en el s. XVIII.

Antes y después del “Motín de Esquilache” –que mas allá de lo anecdótico del recorte de alas de los chambergos, se trató de una decena de revueltas populares, unos “motines de hambre” por la abolición de la “tasa del trigo” que había mantenido bajo el precio del pan–, aparecieron figuras como Ensenada, Esquilache, Aranda, Floridablanca, Campomanes y Godoy. Todos con mayor o menor inteligencia y fortuna, pero siempre en una feroz lucha política en la que cada uno creaba sus propias “hechuras”, es decir unos “grupos de interés” que se combatían y se desplazaban en las tareas de gobierno, aunque todos –por propio interés–, apoyaron la aparición de ideas ilustradas como un soporte para sus reformas.

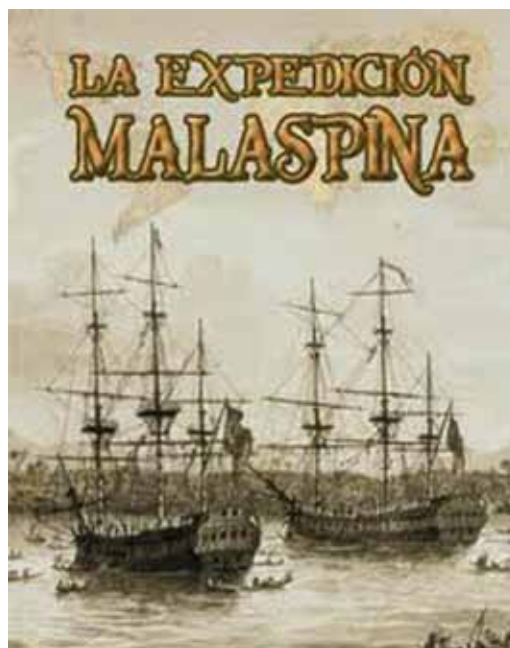


Motín de Esquilache, José Martí y Monsó.

Tras la movilización de ingentes recursos financieros, instrumentos del cambio ilustrado fueron las Academias militares, las expediciones científicas, los astilleros y las maestranzas; los jardines botánicos y las Reales Academias de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, aunque significativamente no se creó la de Ciencias hasta 1847. En un nivel operativo muy inferior surgieron las Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que se fundaron más de un centenar aunque en su gran mayoría tuvieron una vida efímera, las Sociedades Patrióticas y las Reales Fábricas. Un conjunto de instituciones diversas y con diferente éxito en función de tres premisas esenciales: su cercanía a la Corte, el montante de los fondos asignados y la aparición, o la carencia, de los mecenazgos autóctonos.

El punto de partida de la recuperación científica hispana cabe situarlo en la *Carta filosófica médico-chymica* de Juan de Cabriada, un manifiesto escrito en 1687, no impreso

hasta diez años mas tarde que le valió, a él y sus seguidores, el apelativo de “Novatores” (amigos de las novedades), lo que implicaba una gravísima ofensa en el mundo científico. Juan Bautista Corachán y sus *Disertaciones físico-matemáticas* –obra manuscrita hasta el XVIII– y su *Aritmética teórico-práctica demostrada* (1699) y Tomás Vicente Tosca con el *Compendio Matemático* (9 tomos no impresos hasta 1727), fueron dos grandes matemáticos de la época; pero aunque se ha afirmado lo contrario, ninguno abordó el método “integral” ni “diferencial”, que medio siglo más tarde todavía fueron rechazados en el Plan de Estudios de la Escuela de Artillería por su gran dificultad para ser comprendidos por los cadetes y quizá también porque el General Jefe de la Artillería seguía empeñado en resolver el movimiento continuo y la cuadratura del círculo. La nueva matemática no fue divulgada hasta fines de siglo por Benito Bails: *Elementos de Matemáticas* (11 vols. de 1772 a 1783) y por José Chaix: *Cálculo diferencial e integral* (1801).



Expedición Malaspina (1789-1794).

La Ciencia Ilustrada surgió en España con la expedición a Perú del marino galo La Condamine, que desde 1735 a 1746 mandó la expedición franco-hispana para medir un grado de meridiano, lo que debería confirmar la falta de esfericidad perfecta de la Tierra. Este

viaje inició un ciclo de 15 grandes expediciones marítimas y más de 50 exploraciones terrestres que además de fijar la Geografía física y política del Imperio de Ultramar, consolidaron el saber botánico hispano, que ya contaba con dos centurias de experiencia americana. La penosa situación de los científicos españoles queda patente en la perentoriedad de ascender a dos simples guardiamarinas, Jorge Juan y Alejandro de Ulloa, al empleo de tenientes de navío, pues tal era la menor graduación que ostentaban los científicos franceses que iban en la expedición. A su regreso pretendieron publicar un libro con sus aportaciones: *Observaciones astronómicas y físicas hechas de orden de S. Mag. en los Reynos del Perú*, pero la Iglesia negó su *Imprimatur* pues en el Prólogo citaban la rotación de la Tierra, una teoría heliocéntrica que los jesuitas trataban abiertamente en Roma (y en el Colegio Imperial de Madrid, aunque reservadamente), ya reconocida por toda la Europa Científica.



Jorge Juan (1713-1773).

Pero ni siquiera la regia intervención quebró el veto inquisitorial y sólo años más tarde, en la 2ª edición, pudieron publicar el Prólogo en su versión íntegra. Dado que la Botánica, la Farmacopea, la Medicina y la Química no rozaban el “dogma aristotélico”

sí que pudieron avanzar junto a Jardines Botánicos y el Observatorio Astronómico de la Marina, que gozaban de la protección –y de excelente financiación–, de las autoridades. Antonio de Gaztañeta y su *Norte de navegación*; Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la *Relación histórica del viaje a la América septentrional* y en el *Estado de la Astronomía en Europa*; José de Mazarredo con sus *Tablas de navegación* y Vicente Tofiño con el *Derrotero de las costas de España*, consiguieron retornar una parte del alto prestigio que los libros hispanos de navegación habían obtenido dos siglos antes.

En España nunca destacó el periodismo científico pero tras un fallido intento en Madrid fue en Málaga donde surgió –aunque brevemente y sin completar su ambicioso proyecto editorial–, el periódico *Ejercicio de las Ciencias y Semanero Malacitano* que prometía abordar el cálculo infinitesimal, aunque desaparecido por motivos económicos no pudo cumplir su intención.



Primer periódico científico impreso en Málaga, J. L. López Peñalver.

Un historiador español, especialista en la Historia de la Ciencia y de la Técnica, afirmó que ésta: “se inventa, se compra o se roba”, un aserto comprobado innumerables veces y que constituía la base del espionaje militar encubierto tras el eufemismo de los “viajes de estudio”, una actividad peligrosa en la que

también destacó Jorge Juan. Con técnica propia o importada, los astilleros y las maestranzas, los canales para transporte e irrigación y las presas hidráulicas aumentaron en capacidad y eficiencia, en tanto que las manufacturas quedaron a considerable distancia de los países avanzados de Europa, especialmente en siderurgia y producción textil.

En lo que afecta a los estudios humanísticos, no cabe duda de que la distancia de España con Europa era abismal y que aumentó por las razones ideológicas expresadas, ya que la apertura del pensamiento científico y su acceso a nuevas ideas era imposible mientras el *Imprimatur* estuviese fiscalizado por el Santo Oficio, que incluso prohibía la lectura de publicaciones extranjeras, hasta el punto de que los obispos españoles debían pedir un permiso especial para leer *La Enciclopedia* francesa, por lo que el contrabando era la única opción, viable aunque muy peligrosa. Hasta tal extremo llegó la censura que el rey Felipe V ordenó al Consejo de Castilla prohibir que nadie, persona o institución, atacase a fray Benito J. Feijoo, pues su *Teatro Crítico Universal* –una simple traducción de un semanario popular francés adaptada a la mentalidad hispana–, era vilipendiado por algunas órdenes monásticas.

En España la invención técnica era tarea inviable, pues lograr una Real Cédula de Privilegio para fabricar una máquina diferente a las ya conocidas obligaba a afirmar categóricamente que no se trataba de ninguna novedad, sino que tal solicitud se hacía para recuperar el uso de un ingenio muy antiguo, que el peticionario había rescatado del olvido; y aun así las dificultades eran insuperables si la solicitud no iba avalada por una “persona de calidad”. Como es lógico la inventiva desapareció y lo que hallamos en los archivos son proyectos ilusorios. Ante tal carencia la Monarquía Hispánica gastó miles de ducados para adquirir –en Londres y de forma legal–, los instrumentos que precisaban los científicos hispanos, mientras en paralelo decenas de “viajes de estudio” efectuados por militares, espías más o menos encubiertos, alimentaron legajos del Archivo General de Simancas con cartas cifradas (y su correspondiente traducción al español), en las que daban cuenta de sus andanzas por las principales capitales europeas.

Debido a que la Primera Revolución Industrial ya estaba tomando velocidad en el Reino Unido de Gran Bretaña, la plétora de espías europeos casi colapsaba la capital británica hasta el punto de que en Londres se contaba que con frecuencia el rey Jorge III inquiría irónicamente a su Primer Ministro William Pitt: *Milord ¿Cuántos espías ha detenido su policía esta semana?* A lo que el Jefe del Gabinete le respondía: *Sire, dos más de los que han entrado.* Pero bromas aparte, es cierto que Jorge Juan logró salvarse cuando estaba a punto de ser cazado *in fraganti*, aunque antes había enviado esquemas de máquinas aquí desconocidas y logrado que artesanos cualificados vinieran a trabajar a España. Igualmente consiguió instalar una “máquina de fuego” para desaguar un dique del arsenal de la Marina y proporcionó la información necesaria para que los ingenieros españoles las fabricasen en España, aunque los resultados no fueron concluyentes.

Las presas y canales de riego y transporte –algunos ya iniciados en el siglo XVI como el Canal Imperial de Aragón y “la mar de Ontígola” y otros novedosos como el Canal de Castilla o la presa de Tibi–; arsenales y maestranzas de Artillería, todos ellos bajo la dirección técnica de ingenieros militares, formaron la punta de lanza hispana de los progresos técnicos. Incluso a veces introduciendo mejoras, como en la fabricación de cañones de bronce “*in solidum*” –para evitar los “escarabeos” de la fundición sobre molde–, y el posterior barrenado del ánima de cañones para la Marina Real.



Canal de Castilla.



Husos y ruelas.



Lanzadera volante.

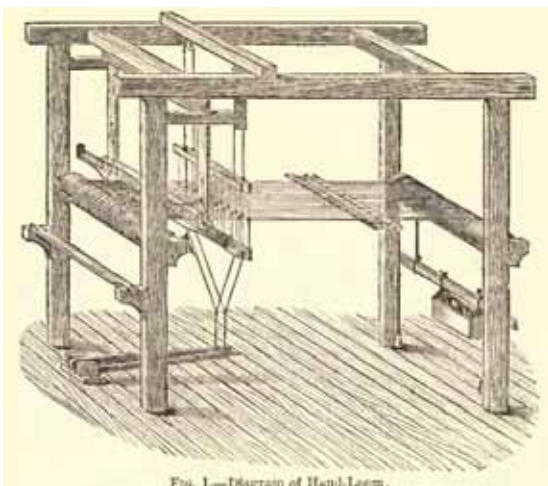
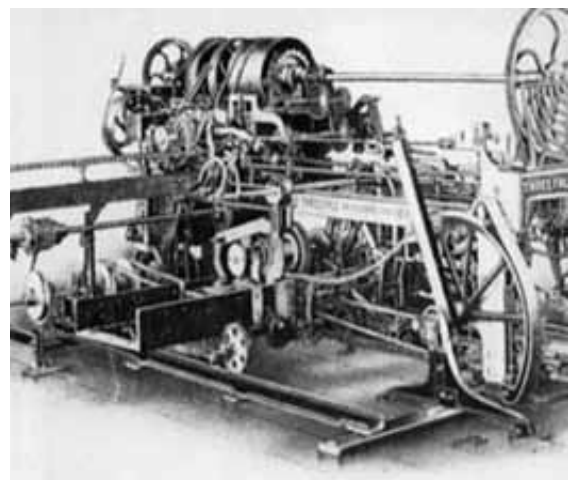


FIG. 1.—Diagram of Hand-Loom.

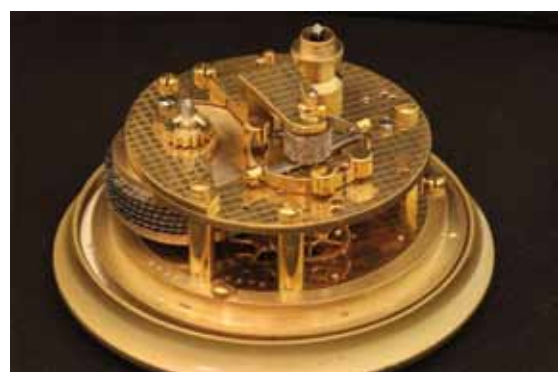
Telar manual.



Telar hidráulico.



Engranajes hispanos.



Cronómetro marino Harrison.

Pero no cabe hacerse ilusiones a este respecto, pues la distancia abismal entre la técnica británica y la española se evidencia por la comparación entre los respectivos instrumentos textiles y en la maquinaria de precisión. Por supuesto que ni la máquina de doble efecto de Watt –salvo por Betancourt y Lanz–, ni tampoco la fundición de hierro con

carbón mineral eran conocidos en España. E incluso ya entrado el siglo XIX una comisión ministerial de “expertos” hispanos aseguraban en un informe solicitado por el Gobierno que la obtención de hierro fundido con carbón mineral era y sería siempre una quimera, difundida por los británicos para causar pánico al enemigo, a pesar de que los Darby llevaban

casi un siglo obteniendo arrabio con carbón mineral coquizado, lo que ya era evidente en el puente sobre el río Severn, montado en 1779 por Abraham Darby III, quién luego conformó sociedades industriales con figuras señeras de la técnica y las finanzas como James Watt, Matthew Boulton y John Wilkinson, espíritus burgueses y aventureros insólitos en España.

A finales del siglo surgieron nuevas figuras de la ciencia y la técnica, como el canario Agustín de Betancourt, el novohispano José María Lanz, el valenciano José Chaix, el malagueño Juan López de Peñalver (hijo del fundador del citado *Ejercicio de las Ciencias y Semanero malacitano*), y el catalán Francisco Salvá y Campillo, todos ellos hombres de la Nueva Ciencia que destacaban por sus conocimientos en Cálculo integral, Ingeniería, Mecánica, Hidráulica y Física.



Agustín de Betancourt (1758-1824).

La Revolución Francesa sorprendió a Betancourt y a López de Peñalver en viaje de estudios por tierras galas y a su regreso un informe de la Inquisición acusaba al malagueño de “volver inficionado por el virus de la libertad”, lo que unido a su previo tropiezo con el Santo Oficio por traducir dos obras teatrales alemanas quizá prefigurase su futuro. Y quizás el del grupo entero, pues la mayoría se declararon partidarios del gobierno josefino

con el cual colaboraron muy activamente, por lo que más tarde sufrieron ostracismo. Betancourt emigró a Rusia donde hoy le consideran una figura científica autóctona; López de Peñalver, represaliado al retornar el Absolutismo, fue un precursor de la Econometría. José Chaix, matemático y cosmógrafo eminente, participó en los estudios previos a la implantación del Sistema Métrico Decimal y más tarde fue incorporado a un equipo internacional promovido por Francia para medir un grado de Meridiano, esta vez en la Península Ibérica.

Tras la muy tardía fundación en Madrid de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos –cuya dirección se encomendó al tinerfeño–, los precitados trabajaron en ella: el malagueño dio a la imprenta el *Catálogo del Real Gabinete de Máquinas* (1792) y su *Descripción de las Máquinas del Real Gabinete* (1795); Chaix publicaba el primer tomo de sus *Instituciones de Cálculo Diferencial e Integral* (1801); Lanz y Betancourt publicaron en París su *Essai sur la composition des machines* (1808), traducido posteriormente al español.



Essai sur la composition des machines (1808).

Estudios recientes afirman que Agustín de Betancourt consiguió elevar un globo aerostático en noviembre de 1783, el mismo año en que los Montgolfier llevaron a cabo sus demostraciones en Versalles. En Cataluña la

aerostación la inició Francisco Salvá y Campillo, un médico de formación que se dedicó a la Física y más específicamente a la energía eléctrica. Fue el autor de un libro sobre su aplicación a la telegrafía e intentó la instauración de líneas eléctricas para sustituir a los telégrafos ópticos que constituían el mayor desarrollo de la telecomunicación de la época.

Por lo que se refiere a las Humanidades, no habría que insistir en el hecho de que hallaron la máxima resistencia académica y religiosa, pues su "peligrosidad espiritual" había sido constatada en siglos anteriores. No obstante, la exigencia del *Imprimatur* y la amenaza del *Index librorum prohibitorum* no constituían una barrera infranqueable para quienes desafiaban el peligro de aumentar su horizonte mental, pues el contrabando literario extranjero, así como los panfletos hispanos, corrían con tal profusión que sólo el elevadísimo índice de analfabetismo limitaba la difusión de la información prohibida, escritos que discurrían desde la pura y simple denuncia política y social, pasando por la sátira, hasta desembocar en el libelo.



Altar Mayor de la Iglesia de las Calatravas (Madrid), J. de Churriguera.

El arte –y más específicamente la pintura y la escultura–, habían sido y eran unos poderosos instrumentos para educar, espiritual y socialmente, la inestable masa popular, por lo que la sustitución del viejo modelo ideológico barroco –basado en las emociones–, por el Neoclásico –fundado en el raciocinio–, que propugnaban los políticos y el Alto Clero

Ilustrado, chocó con una tradición que se evidencia en el Puente de Toledo y en la Iglesia de las Calatravas, donde los hermanos José y Alberto Churriguera dieron rienda suelta a la vieja estética predominante en el gusto popular. Pero muy poco después, bajo el imperio de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Churriguera se unió a Antonio Villanueva para implantar los cánones neoclásicos que preconizaba –y también financiaba– el Poder político.

La Literatura –escasamente difundida–, y el Teatro, que pese a ser un portentoso instrumento para la educación de las masas concitaba un rechazo eclesiástico y concejil patente en repetidas pragmáticas contra el arte de Talía, sufrieron un retroceso evidente si comparamos las obras clásicas y barrocas con las neoclásicas. El ya citado Feijoo; el jesuita José de Isla, con su jocosa y didáctica obra *Fray Gerundio de Campazas (alias Zote)*; el cáustico militar José de Cadalso y sus *Cartas Marruecas*; y el desengañado León de Arroyal en sus *Cartas al Conde de Lerena* –y algo más tarde en *Pan y Toros*–, llenan la segunda mitad del siglo con lúcidas y amargadas arengas en un vano intento de cambiar el rumbo político y social. Con decir que Leandro Fernández de Moratín y su obra *El sí de las niñas*, fue considerada como una obra cumbre del teatro dieciochesco, se evidencia el grave retroceso del impulso creador literario, tanto en el plano estético cuanto en el ideológico.

La Historia sufrió un cambio radical en los aspectos heurísticos y en su amplitud temática y aunque la obra cumbre fue la *España Sagrada* del padre Enrique Flórez ya se rechazaron como fundamento la tradición y los "falsos cronicones", consejas inventadas y transmitidas durante siglos que se referían a Santos Mártires del siglo IV masacrados "por los musulmanes" y a unos Concilios nunca celebrados, como los citados en los "Plomos del Sacromonte", por cuya falsificación fue condenado un canónigo que hubo de publicar sus *Conversaciones históricas malagueñas*, a nombre de su sobrino. El valenciano Gregorio Mayáns profundizó y depuró biografías; el aragonés I. Jordán de Asso abordó la Historia Económica y las Instituciones Medievales, mientras un noble malagueño, el marqués de Valdeflores, profundizaba el conocimiento sobre alfabetos de lenguas desaparecidas.

Llegado el momento de pronunciarse sobre la duda planteada en el título de esta conferencia, es preciso citar una serie de realidades contrapuestas que los estudiosos han puesto de relieve. Para Carlos Martínez Shaw si hubo un gran foco ilustrado, esencial y de gran magnitud siempre en términos relativos frente a Europa, como fue la Ilustración Madrileña, o Ilustración Cortesana. El Soberano y su Corte eran el centro irradiador, por su capacidad político-financiera, de cuantas iniciativas aparecieron en el Reino, de forma que el “visto bueno” de la Sociedad Matritense era el impulsor inicial, y luego validador imprescindible de todas las iniciativas del resto de España. No obstante hubo territorios que crearon sus propias “Ilustraciones periféricas”, destacando el Seminario de Vergara (la Sociedad Vasca de Amigos del País) la primera aparecida en España de la mano del mecenazgo de Xavier María Munibe, el Conde de Peñafloreda, orientada hacia la ciencia aplicada y en la que trabajaron los hermanos Elhuyar, descubridores del wolframio. El canónigo Ramón Pignatelli fue el *alma mater* de la Sociedad Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza, que pese a su tropiezo con fray Diego José fue una de las más activas del Reino. La Ilustración Catalana tuvo en Jaime de Capmany a su principal figura y si bien allí nunca se fundó una S.E.A.P., si que surgieron iniciativas culturales dinámicas y orientadas a dinamizar las bases de la economía de Cataluña. En Andalucía aparecieron brevemente las “Academias” fundadas por Jorge Juan en Cádiz y Pablo de Olavide en Sevilla y aunque se erigieron bastantes Sociedades de Amigos del País, ninguna aportó iniciativas trascendentes.

Para analizar en profundidad los avatares de la Ilustración en España resulta imprescindible tener presente tanto el “peso insoportable de la Tradición”, cuanto la carencia de una dinámica política renovadora, no tanto debidas a una total abulia social cuanto a los poderes remanentes. Ejemplo paradigmático se halla en el Expediente de la Ley Agraria, una iniciativa que algunos historiadores suponen derivada del fracaso de la “Única Contribución”, magno proyecto hacendístico de don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la Ensenada. Desde 1766 todos los Intendentes de provincia y las autoridades concejiles debían confeccionar informes del estado de la Agricultura en los territorios a su cargo y a pesar de que no encontraron la resistencia

numantina de los “poderosos” despertada por el Catastro de Ensenada, la prospección se llevó con una lentitud desesperante, aunque previsible. Por ello cuando en 1795 Gaspar Melchor de Jovellanos realizó su *Informe sobre el Expediente de la Ley Agraria* que el Real y Supremo Consejo de Castilla había solicitado a la Sociedad Matritense –y que ésta había delegado en el ilustre asturiano–, la realidad del campo español ya nada, o en todo caso muy poco, tenía que ver con los informes recibidos: otro inmenso gasto inútil y otra ocasión perdida por la lentitud y la incuria, las dos lacras eternas de la política hispana.



Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811).

Una peculiaridad de la Ilustración Española es la presencia de una figura que sin figurar habitualmente en el panorama ilustrado defendió una actitud ética muy difícil en su época. Se trata de Fray Martín Sarmiento, lingüista, botánico, médico, compañero de orden y buen amigo de Feijoo, que fue un abanderado contra la pena de muerte, actitud no solo insólita en la España dieciochesca sino que carecía de muchos defensores en el Continente Europeo.

Sin duda alguna sobre su calificación como figuras españolas ilustradas están los marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa y sigue siendo un enigma cómo dos jóvenes de 20 años tenían ya una formación matemática al nivel de unos militares galos totalmente formados para un

equipo científico en el que su patria depositaba confianza ilimitada. Apelativo de Ilustrados también debe aplicarse al cuarteto vinculado con la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid, tanto por su reconocimiento internacional cuanto porque sus aportaciones tomaron carta de naturaleza en el desarrollo finisecular de la Ciencia y la Técnica españolas. Tampoco cabe escatimar los méritos del catalán Salvá y Campillo, el responsable de los primeros experimentos en el terreno de la novedosa electricidad.

Las elogiosas palabras que el prestigioso científico Alexander Von Humboldt le dedicó al desarrollo científico de una disciplina: *...y pocas naciones pueden compararse a España en el descubrimiento y conocimiento de las Ciencias Naturales ...*



Alexander von Humboldt (1769-1859).

tenían una magnífica base, pues no en balde los estudiosos españoles de los siglos XVI y XVII habían dispuesto –y aprovechado espléndidamente–, de unos territorios vedados a los científicos extranjeros. Mas no todos los comentarios foráneos discurrieron por los mismos amables derroteros, pues Cristiano Herrgen (que no llegó a España en un viaje

“diplomático” con el único fin de obtener permiso para estudiar la flora americana como Humbolt), sino que trabajó aquí durante años aportando su conocimiento y su esfuerzo, dejó una valoración mucho menos optimista, quizá porque la conoció y la padeció desde dentro:

Jamás podrá hacerse idea de este desgraciado país. Las enormes sumas que España gasta en fomentar las ciencias no se aplican en ningún lugar del mundo a estos fines. Pero a pesar de tanto gasto no se ha progresado nada por ahora. Falta una dirección competente y faltan los conocimientos en la cabeza de quienes tienen en sus manos este asunto.

No toda la culpa de los desaciertos e incapacidades de los políticos ilustrados les correspondieron en exclusiva, pues nunca se puso demasiado interés –un “nacionalismo” mal entendido y complaciente ha tenido mucha parte de ello–, en educar al pueblo, ni en llevarlo por la senda del patriotismo generoso sino del localismo aldeano. No entro –por carencia de espacio–, en consideraciones jurídicas sobre los “justos títulos” de José I Bonaparte para ceñir la Corona Española, aunque si debe recordarse que “los Reynos” eran “nuda propiedad” del Monarca que podría cederlos a voluntad a quien quisiese, lo cual hizo Carlos IV a Napoleón cambiándolos por una espléndida pensión. Y que igual prerrogativa tenía el Emperador francés para transmitírselo a su hermano.

Algunos historiadores reconocen que José Napoleón fue el monarca de España que más intentó combatir las muchas lacras que padecía la población española y que quizá hubiese conseguido –al menos en parte–, sus deseos si su cortísimo reinado no hubiese coincidido con el declinar del poder Imperial. E incluso han hecho hincapié en que los mote de “Pepe botella” y “El Rey Pepino” con los que le obsequiaron sus súbditos eran –cuando menos el primero–, injustos.

Dos reconocidos hispanistas, el francés Jean Sarrailh, en *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, y el estadounidense Richard Herr en su *España y la Revolución del siglo XVIII*, abrieron sendas ventanas al estudio de una época que por razones ideológicas estuvo cerrada durante muchos años a la investigación autóctona. Sus aportaciones –cada una con diferente enfoque metodológico pero ambas profundas y bienintencionadas–, no despejan, al menos en mi opinión, la duda expresada en el título de esta conferencia.



España y la revolución del siglo XVIII, Richard Herr.

Dos tendencias historiográficas han suscrito posiciones antagónicas al respecto: de un lado están quienes afirman que, sin duda alguna, existió una Ilustración Española con un carácter netamente cristiano y defensora de los valores de la catolicidad. Del otro quienes creen que habiendo sido la Ilustración Europea el instrumento ideológico de una pujante burguesía es imposible hallarla en una nación como España, que habría carecido de núcleos burgueses de considerable entidad salvo en dos poblaciones como Barcelona y Cádiz. Ambos argumentos han sido ampliamente esgrimidos y rebatidos y quizá el punto de arranque para un posible acuerdo podría partir de la premisa de que no tienen el mismo contenido, semántico ni conceptual, los enunciados: “La Ilustración Española” y “La Ilustración en España”.